

Jineteras en Cuba

Coco Fusco

TIENE UN ASPECTO LEONADO, LA CARA OVAL, LA NARIZ AGUILEña y el cuerpo sinuoso de una Josephine Baker. La iluminación móvil que gira alrededor del *Café Cantante* de La Habana abarca su largo cuello y sus prolongadas extremidades a medida que balancea las caderas y la caja torácica en direcciones opuestas y su vestido de muñequita núbil pendula de un lado a otro. La forma en que se mueve se denomina *moño*, está a un paso del movimiento que se realiza en el acto sexual y produce en las parejas que lo ejecutan sonrisas cargadas de erotismo. Sin embargo, esta chica, que no tiene más de 17 años, baila sola. Su aspecto, su edad y su ropa ceñida para destacar las caderas son señales inequívocas: nos informan fehacientemente que se trata de una *jinetera*, el término popular acuñado para designar a la mujer que en Cuba intercambia una serie de servicios –que incluyen el sexo– por el dinero de los extranjeros. El *Café Cantante* funge de respiradero de la élite cultural del país y de los turistas que están de ronda.

Un YUMMY (siglas en inglés que significan Joven Gerente Urbano Marxista) muy acicalado con ropa deportiva de Benetton se pavonea al venir contoneándose hacia la mesa donde me encuentro sentada con una amiga y se inclina para encender un cigarrillo. “He leído todo manual existente sobre intercambio intercultural”, nos dice sin darse cuenta de que soy una visitante cubana-americana, “y les digo una cosa. Nadie viene a Cuba para hacer ecoturismo. Lo que vende este lugar está precisamente en la pista de baile: el ron, los cigarrillos y *la mulata*”.

Mi compañera de mesa, una cubana que ahora vive en España, parece hartarse y dice: “Son los extranjeros los que están fuera de control, no las *jineteras*. Todo el mundo en Madrid piensa que cada mujer cubana es *una puta*. Me pregunto por qué no se ocupan de sus propias prostitutas y nos dejan en paz”.

No menciono que yo también he venido a Cuba para ponerme a observar a las *jineteras*. Las revistas de toda Europa han estado reproduciendo artículos en estos últimos años acerca de Cuba como un paraíso turístico del sexo.

La prensa cubana del exilio en Miami lleva largo tiempo acusando al gobierno de Fidel Castro de ser el chulo número uno del país. Durante su reunión anual de enero pasado, el Comité de Naciones Unidas para la Eliminación de la Discriminación contra las Mujeres celebró una sesión maratónica en la cual una portavoz enviada por la Federación de Mujeres Cubanas tuvo que enfrentarse a muchas preguntas acerca de la condición de las mujeres en Cuba, incluida esta “nueva ola” de *jineteras*. Quisiera averiguar el por qué de este renovado interés internacional.

La prostitución no es cosa nueva en Cuba. En tiempos tan remotos como el siglo XVIII, un capitán español fue despachado hacia la isla para cerrar una cadena de prostíbulos dirigidos por el clero local. En una sociedad creada alrededor de la tradición católica latina de separar a los hombres de las mujeres en el ámbito público, los burdeles eran uno de los pocos espacios donde los encuentros casuales podían llevarse a cabo abiertamente; en particular los encuentros de varones blancos con mujeres de color. En última instancia, el mundo del burdel servía de fuente para gran parte de la cultura popular de Cuba, así como de una nueva mitología sobre la sexualidad de las mulatas.

Durante los años cuarenta de este siglo, el turismo surgió como una de las mayores industrias de la isla. La toma de los hoteles y casinos por la Mafia era la garantía de que la prostitución desempeñaría un papel prominente en la vida nocturna de La Habana, y Cuba comenzó a ser conocida como algo más que un prostíbulo para los visitantes americanos y los peces gordos del gobierno corrupto del presidente Fulgencio Batista.

Castro llegó al poder prometiendo cambiar todo eso. Uno de los primeros actos del gobierno revolucionario fue el de reeducar a cientos de prostitutas y ofrecerles trabajo como empleadas, choferes y camareras. Muchos partidarios de la revolución creyeron que la mujer tendría mejor vida bajo el socialismo. Ahora evalúan, al igual que la oposición exiliada, el resurgimiento de la prostitución como una señal de que el socialismo les ha fallado a las mujeres.

La verdad es que las *jineteras* siempre han sido parte del paisaje posrevolucionario. Cuando comencé a visitar la isla hace una década, no era raro ver a unas pocas mujeres excepcionalmente bien vestidas circulando en los cabarets de los hoteles y en las recepciones de las embajadas. Los amigos cubanos me advirtieron que eran trabajadoras del sexo que operaban con el consentimiento del Ministerio del Interior y que informaban de las actividades de los extranjeros. Una vez, mientras dos hombres y yo estábamos filmando un documental en La Habana, un proxeneta que merodeaba alrededor de nuestro hotel, les ofreció a mis dos compañeros dos mujeres y un gramo de cocaína. Lo tomamos como señal de que la Seguridad del Estado nos estaba siguiendo. Antes de la actual ola de clientes extranjeros, Cuba atravesó una fase llamada la *titimanía* en la que hombres mayores, por lo regular miembros de alto nivel del ejército o del gobierno, mantenían jóvenes amantes como “trofeo”.

Lo que ha cambiado desde entonces es la economía cubana. Mientras el gobierno se tambalea al borde de la ruina, producida por la retirada de los subsidios soviéticos y por el embargo comercial de los EEUU, el cubano promedio

gana 10 dólares al mes mientras que una cerveza en un club cuesta 7 dólares. De pronto, doctores y maestros, así como carpinteros y zapateros, están buscando una forma de ganar dólares, la única moneda que tiene valor en Cuba. Así, el número de mujeres que se ofrecen a sí mismas a los extranjeros como compañeras temporales o esposas potenciales aumenta vertiginosamente.

Como la economía cubana se vino abajo a principios de los noventa, la industria turística se ha convertido en la principal fuente de moneda dura y los extranjeros constituyen artículos muy codiciados. El Ministro de Turismo proyecta llegar a recibir un millón de turistas para fines de este año. Entre ellos figuran aviones cargados de hombres procedentes de España, Italia, Alemania, Canadá e incluso los EEUU, hombres cuyo poder adquisitivo y status social se multiplica por diez al llegar a un país con tanta necesidad de moneda fuerte como Cuba.

“El Paraíso del Chochito”, como con frecuencia se llama a Cuba en Internet, es un lugar donde estos hombres pueden exteriorizar sus fantasías sexuales libres de la intervención policial, algo no muy diferente de lo que hacen las multinacionales que buscan mano de obra barata sin regulación más allá de sus fronteras. En Cuba conocen a mujeres que buscan dólares, pasar un buen rato y, con frecuencia, un billete para salir del país. No es ningún secreto que muchas cubanas ven a los *pepes* (clientes extranjeros) como el reemplazo de un gobierno paternal que ya no puede satisfacer sus necesidades en la vida. Uno de los máximos éxitos de música salsa de la isla cuando llegué en enero aconsejaba a las mujeres cubanas encontrarse un “*papirriqui con mucho guaniquiqui*”; es decir, un vejete protector.

Cuando esta última ola de prostitución comenzó muchas de las mujeres eran blancas. Pero los extranjeros tenían sus propias fantasías acerca de las mujeres tropicales, basadas en viejas ilusiones de mulatas muy sexuales. Ahora la mayoría de las prostitutas son mujeres de color (la mayoría de las cubanas tienen la piel color marrón o canela y por lo general, son más pobres que sus compatriotas de piel más clara). Un número considerable de ellas son menores. Muchas trabajan por cuenta propia mientras que otras, particularmente las jóvenes de las provincias, se ven administradas por *chulos*; casi ninguna está vinculada a una empresa estatal. Desde las canciones de salsa, los chistes de los taxistas y el arte folklórico obsceno que encontré en La Habana percibo que en la calle estas mujeres son vistas como proveedoras heroicas cuyo poder sexual está mostrando los fracasos de un régimen machista en decadencia. Tal como explicaba Paco, un joven buscavidas con el que me encontré: “ahora todo está patas arriba. Los hombres están en casa con delantales, cocinando y cuidando de los niños, mientras que sus esposas hacen la calle”.

Ubicada alrededor del área portuaria habanera, La Habana Vieja, uno de los vecindarios más pobres de la ciudad, es, no obstante, el que atrae a la mayoría de los turistas. Peino las calles esperando obtener la perspectiva de las prostitutas que estaban en el negocio antes del reciente “boom”. Para cuando llego a pie a la Plaza de la Catedral, con su animado mercado de artesanías, alguien se me ha “pegado”. Paco es un chaval delgado, enjuto, de aspecto pillo,

que parece tener unos 24 años, con el pelo corto, jeans con arrugas y gafas de sol Ray Ban de imitación. Nos dirigimos al Malecón, el paseo marítimo que envuelve a media ciudad. En un momento dado me presenta a Margarita y a Helen, ambas cerca de los treinta, que llevan diez años trabajando las calles. Margarita tiene un hijo joven al que mantiene. Helen vive sola.

Cuando comenzaron –explica Margarita– sus principales clientes eran marinos mercantes y técnicos extranjeros. Entonces la posesión de dólares era ilegal, así que se conseguían a algún estudiante africano que les comprara productos de consumo para ellas en las diplotiendas. Eran cuidadosas, todavía lo son, de no hacer demasiada ostentación e incurrir en la envidia que pudiera llevar a que alguien informara sobre ellas. Hasta ahora han tenido suerte y nunca han sido arrestadas, pero tienen amigas en la cárcel.

Les cuento acerca de la imagen de las *jineteras* que se tiene fuera de la isla, de que con frecuencia se las describe como tipas vulgares o incultas con pelo rubio platinado y pantalones apretados. Helen viste jersey blanco, pantalones blancos sueltos y chaqueta marrón claro coronada por un gorrito también blanco. Margarita viste jeans, jersey azul claro y pendientes de plástico. Ninguna de las dos se ha teñido el pelo. “El aspecto natural ha vuelto”, explica Margarita, “incluso las chicas blancas están haciéndose la permanente para parecer mulatas”. Ambas admiten que los peinados se adaptan a los gustos de los clientes. “A los españoles les gustan las chicas negras con trenzas así que todas las *negritas* llevan ahora el pelo de esa forma. A los italianos les gustan las mulatas con el pelo desordenado.”

Dicen que al menos dos tercios de las jóvenes del barrio son *jineteras*. Cuando les pregunto qué piensan de los hombres, ambas ríen con ganas. “Ven al *gallego* venir con una chica y no lo ven” dice Helen. “En su lugar ven un pollo, frijoles, arroz: un frigorífico lleno”.

Pero el negocio está cambiando. “Los tipos algunas veces se aparecen con bolsas de ropa interior, pensando que eso es suficiente para llevarnos a la cama”, dice Helen. “Hay muchos más chicos jóvenes que vienen ahora y tratan de decirte que por *amore*. Antes algunos hombres venían a vivir con nosotras un tiempo. Yo solía llevarme tipos a casa por una semana. Ahora quieren una chica diferente cada noche”.

¿Y de los peligros qué? El único caso de violencia del que pudieron acordarse se produjo en 1993 cuando una *jinetera* fue empalada con el palo de limpieza por un turista europeo que entonces se deshizo del cuerpo lanzándolo desde el balcón de su hotel. El asesino ya estaba fuera del país cuando encontraron el cuerpo. ¿Riesgos de salud? Afirman que insisten en el uso de condones y que la salud es una de las cosas que el gobierno todavía tiene bajo control. Conociendo las condiciones de deterioro en los hospitales en Cuba, y la escasez crónica de medicinas, me pregunto si simplemente están deseando convencerse de que las viejas promesas revolucionarias todavía se mantienen. Nadie con quien hablé durante mi viaje quiso aceptar la idea de que se gestaba una epidemia de enfermedades de transmisión sexual, que incluía al sida pero que no se limitaba a él.

Cuando les pregunto si piensan salirse del negocio, Helen me cuenta una historia. Ésta ilustra los dilemas que enfrentan las mujeres cubanas que se han visto socializadas para creer en su igualdad, porque se enfrentan a un mundo polarizado que les deja poco espacio para maniobrar. “Me casé una vez”, dice con una sonrisa llena de amarga ironía. “Pensé que iría a España y comenzaría una nueva vida. Pero él estaba completamente loco”, continuó. “Quería tenerme encerrada en casa todo el día. Duré dos meses y entonces me di cuenta de que tenía que marcharme. No tenía dinero ni adónde ir así que tuve que regresar. Está tan loco que todavía no me ha concedido el divorcio”.

Tanto Margarita como Helen me dijeron que algunas *jineteras* triunfaron en Europa, pero que otras se estancaron; algunas se vieron obligadas a caer en manos de proxenetas para los que trabajaban muchas horas durante siete días a la semana. Al menos en Cuba podían sobrevivir trabajando algunas veces al mes.

A diferencia de la gente que en la calle lucha para superar el deterioro de Cuba, los exiliados cubanos hablan de la explotación de las prostitutas. Comparan la situación de las *jineteras* con la de las prostitutas en otros puntos conflictivos del turismo sexual como Bangkok o Manila.

Mis amigos cubanos de Barcelona se horrorizaron al saber que el último premio navideño de algunos ejecutivos españoles era un viaje a la playa de Varadero en Cuba con “escolta” femenina incluida. Otros amigos exiliados me dijeron que algunas familias estaban prácticamente vendiendo a sus hijas a esposos extranjeros con futuro como una forma de garantizar una fuente constante de moneda dura o de abandonar el país.

Los exiliados cubanos más derechistas tienden a sentirse ofendidos principalmente por razones políticas. El pasado enero Willy Chirino, la conocida estrella pop, reeditó un video musical con su éxito “*La Jinetera*” después de haber sido presionado por José Basulto, el líder de la organización “Hermanos al Rescate”. Chirino cortó algunas escenas en las que aparecía tocando *jineteras* mientras bailaba con ellas. El contacto físico lascivo podría implicar que excusaba su estilo de vida, dijo, una posición que la derecha de Miami podría considerar como blanda contra Castro.

Para alcanzar cualquier suerte de verdad acerca de las *jineteras* uno tiene que hurgar entre los mitos que hacen que las discusiones sobre mulatas, turismo y prostitución en Cuba sean tan increíblemente complicadas. La mulata ha estado vinculada al sexo ilícito. Desde los tiempos coloniales hasta ahora muchas mujeres mestizas han sido “hijas del amor” y amantes de hombres blancos. Según reza un adagio que corría por las plantaciones caribeñas, las mujeres blancas eran para casarse, las negras para trabajar y las mulatas para hacer el amor. Ese legado, contado y vuelto a contar mil veces a través de canciones, poemas y novelas ha hecho de la mulata un símbolo nacional cubano. Justo ahora las campañas turísticas del país emplean ese símbolo como una forma de poner perfectamente en claro lo que Cuba tiene para ofrecer a los visitantes masculinos.

Las imágenes del pasado de Cuba me bailan por la mente mientras observo la escena actual. Al tener en parte la perspectiva de alguien que es del patio

esto me mantiene libre de llegar a conclusiones fáciles. Mi madre, una médica tan dura como una piedra, es una mulata procedente del sudeste de Oriente. Se fue a La Habana en los años cuarenta, se abrió camino hasta la escuela y abandonó la isla en los cincuenta. En el interin se casó con un extranjero para permanecer fuera para siempre, convencida de que nunca podría tener la vida que quería en su tierra natal. Ella me insufló un saludable escepticismo por los cubanos en el poder, estuvieran dentro o fuera del país. Así adquirí un desagrado especial por la hipocresía de los extremistas de Miami, quienes durante mi adolescencia vociferaban sobre la liberación de la tiranía mientras metían en la cabeza de sus hijas la moral católica completa con chaperonas y todo, culto a la virginidad y la aceptación incuestionable de la dominación masculina.

Como estaba acostumbrada a ver esas formas extremas de control patriarcal entre los exiliados me sentí impresionada por la libertad sexual de las mujeres que conocí cuando visité la Cuba posrevolucionaria por primera vez. Los estigmas que van unidos a las mujeres que tienen una vida sexual activa fuera del matrimonio estaban desapareciendo en mi generación. Más de 30 años de libre control de la natalidad, educación sexual, escuelas de educación para ambos sexos y un sistema social que reducía el control de los padres, había fomentado una mayor libertad sexual y separado a la isla de la mayor parte de los demás países latinoamericanos así como de la mayoría de las comunidades de exiliados cubanos. Esto significó algo más que un simple aumento de la liberalidad sexual: en un país donde el consumo de placeres era escaso, el sexo ocasional se había convertido en la actividad a la que más recurría la joven generación. Algunos intelectuales ven este aumento de la franqueza del sexo extramarital, la actividad sexual lesbiana, gay y bisexual como una revuelta callada y sorda contra el énfasis socialista en el trabajo productivo y la moral puritana de la revolución.

La situación actual cubana pone de relieve la conexión entre libertad sexual y riqueza. Que una utopía socialista tropical pudiera ser conocida como el lugar de “la liberación sexual” en los ochenta y luego transformarse en una isla empobrecida y madura para la explotación sexual en los noventa es una de las señales más penosas de lo que supondrá para Cuba entrar en una economía posindustrial mundial.

Uno de los aspectos más sangrantes de la reinserción de Cuba en la órbita capitalista es la forma en la cual las divisiones raciales se han hecho aún más evidentes. Es mucho menos probable que los negros cubanos tengan familias ricas que envíen dólares desde el extranjero que los blancos. Ahora que el turismo es la fuente principal de moneda dura la imagen cubana de sí misma como una nación industrial moderna está en ruinas. Para encandilar extranjeros el gobierno está poniendo en la palestra rituales y arte religioso afro-cubano “tradicional”, música afro-cubana “tradicional” y por supuesto, mujeres afro-cubanas. Aquéllos eran la clase de clichés racistas que solían llevar a muchos cubanos ilustrados a enfurecerse. La perspectiva de desarrollar una sociedad moderna con una economía diversificada estaba relacionada en sus



Marta María Pérez Bravo. *Oyá me dio el 8.*

mentes con dejar de dar servicio a la lujuria o los deseos del Primer Mundo en busca de lo exótico.

Una noche cogí un taxi con una amiga periodista cubana llamada Magaly y nos dirigimos al Comodoro, un hotel situado en el elegante barrio de Miramar en La Habana. La discoteca *Habana Club* del Comodoro es la madriguera de iniquidades más famosa de la capital. Estar allí es como darse un viaje fuera de Cuba a un club de adolescentes en Roma o en Madrid. Es un laberinto de cromo y vinilo con músicaailable Europop que hace un estruendo tan enorme que la voz se me enronqueció tratando de sostener una conversación. En el registro de chaquetas un guardia me cogió la cámara diciendo que estaba prohibido tomar fotografías debido a la “publicidad negativa que se hace fuera del país”. Anoté mentalmente que salvar la cara les parece más importante que proteger a las mujeres.

Magaly y yo nos detenemos junto a la barandilla de una pista de baile y ella me muestra cómo las chicas se colocan en una posición que todos puedan ver

mientras bailan de modo que puedan atraer a un *pepe*. Éstas son las *jineteras* más caras, explica Magaly: se pueden permitir pagar su entrada en el club. Los hombres tienden a parecer un poco más viejos que los de la calle, lo cual atribuyo al alto coste de la entrada y de los tragos y los precios cada vez más altos. En el bar una docena de hombres maduros con exceso de peso están recibiendo un masaje de cabeza realizado por chicas adolescentes.

Lucho a brazo partido con lo que veo, preguntándome qué diferencia hay entre esta escena y la que se produce en cualquier club céntrico de la ciudad de Nueva York, donde chicas de piel morena causan también furor y están de moda. Me respondo lo siguiente: las mujeres a las que se persigue en Nueva York habitualmente tienen otras opciones y en su mayor parte no son prostitutas. El hecho de que ahora el trabajo sexual sea la mejor forma para que muchas jóvenes se ganen la vida en Cuba hace las opciones bien diferentes. Los factores negativos asociados con la prostitución en lugares como Nueva York –que implica la drogadicción y el estigma social para las mujeres– parece ser un problema menor dentro del contexto cubano.

Sin embargo, lo que me molesta mientras discuto el asunto con muchos cubanos privilegiados es su esnobismo. Magaly y yo nos enzarzamos en una discusión cuando le digo que nadie toma en cuenta que la mayoría de los cubanos, *jineteras* o no, espera que los extranjeros paguen las cuentas dondequiera que figuren dólares, un hábito que proviene de los años en que no tenían acceso legal a la floreciente economía del dólar. Pocos cubanos parecen inclinados a hacer un paralelo entre las *jineteras* y los muchos artistas, músicos y profesionales con habilidades exportables que también buscan oportunidades de socializar –y en ocasiones hacer el amor– con extranjeros/as con la esperanza de obtener becas o trabajos fuera del país o incluso una pareja casadera. Las relaciones con los europeos siempre han implicado seguridad económica y status social. Pero cuando las mujeres involucradas en esto forman parte de la élite todo el mundo mira hacia otro lado. Son las mujeres pobres de color las que se llevan la reprimenda. El hecho de que las *jineteras* de color se están casando ahora con europeos con una frecuencia desusadamente alta las hace objeto de envidia en un país donde mucha gente busca desesperadamente cualquier medio posible para emigrar.

En los meses anteriores a mi viaje hacia Cuba escuché relatos acerca de una “cruzada” contra las *jineteras*. Esto señaló un drástico cambio. En 1992 Castro parecía contento al tolerar la prostitución. Para ello comentó que las mujeres cubanas eran *jineteras* no como producto de la necesidad, sino porque les gustaba hacer el amor, y añadió que eran las prostitutas más saludables y mejor educadas del mercado. Esto fue interpretado por muchos observadores de Cuba como una invitación al turismo masculino para que aprovecharse la maestría sexual de las hijas de la revolución. Tres años más tarde Vilma Espín, la jefa de la Federación de Mujeres Cubanas, denunció a las *jineteras* como basura decadente. El pasado diciembre, el viceministro de Turismo proclamó que Cuba “rechazaba” la prostitución y buscaba promover “un turismo saludable, familiar”. Estos pronunciamientos forman parte de una ofensiva

que incluye redadas policiales, condenas más severas para las prostitutas y persecución contra los guardas de los hoteles que aceptan sobornos. Incluso oí rumores de campos de trabajo donde se suponía que se enviaba encarceladas a las prostitutas.

Tales inconsistencias en la posición cubana sobre la prostitución también fueron percibidas por expertas internacionales en derechos de la mujer. Éstas se reunieron en la ONU el pasado enero para discutir acerca de la situación de las mujeres de la isla con Yolanda Ferrer Gómez, secretaria general de la Federación de Mujeres Cubanas y miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Ella insistió, como había dicho Castro anteriormente, en que la prostitución había resurgido debido al crecimiento del turismo, que implicaba a un reducido número de jóvenes que eran saludables y estaban bien preparadas y que no lo hacían para sobrevivir sino para comprar artículos de lujo.

Sin embargo, su retórica enmascara preocupaciones económicas más importantes. A principios de los ochenta Castro denunció a los pequeños campesinos cuando comenzaron a prosperar gracias a los mercados campesinos privados. Unos años más tarde, puso a la altura del betún a los artistas plásticos que vendían sus obras sin intermediarios estatales. Siempre que una práctica privada autorizada crecía lo suficiente como para amenazar el control estatal de la economía, el gobierno lanzaba una campaña de limpieza y mucha gente acababa con sus huesos en prisión.

En estos días la nueva clase emergente de vendedores autónomos de Cuba, de trabajadores de centros de belleza, choferes de taxi y gastrónomos privados están viendo que sus ganancias están muy gravadas por altos impuestos. Sin embargo, las *jineteras freelance* no pagan nada al estado. Miles de sobornos en dólares pasan entre *chulos*, *jineteras*, polis y guardias de hoteles cada día. Esa economía sumergida está pasando los límites de la industria turística dirigida fundamentalmente por el gobierno cubano.

“Lo que molesta al gobierno no es que las mujeres se estén vendiendo” insiste la doctora en ciencias sociales María de los Ángeles Torres, experta en asuntos cubanos de la Universidad De Paul de Chicago. “Es que el comercio está ahora fuera de sus manos. El estado ha estado metido en promover el turismo sexual desde hace años”. Torres recuerda que en 1991, cuando se suponía que a los cubanos no les estaba permitido pasar a los vestíbulos de los hoteles, el Hotel Comodoro ofrecía certificados especiales –por un precio– a huéspedes masculinos autorizando a aquéllos “que tuvieran la intención de casarse” a llevar mujeres cubanas a sus habitaciones.

De hecho, la pregunta acerca de quién se beneficia realmente de la prostitución es clave. La gama de actividades lucrativas en Cuba ha disminuido en los últimos siete años. Cuando el país entró en lo que se llama Período Especial en 1993, e hizo frente a la peor escasez de alimentos y las tasas de precios de mercado negro más altas que ha habido en décadas, los cubanos sin recursos exteriores tuvieron dos opciones: trabajo en el y alrededor del turismo y hacer dólares, o ganar una miseria en pesos y ver a su familia sufrir. Como sólo el 2% de los trabajadores cubanos están empleados en trabajos legítimos de

construcción de hoteles, mantenimiento, entretenimiento turístico y ventas, los trabajos en turismo no son lo suficientemente abundantes para emplear a los muchos cubanos que necesitan dólares. En 1993 hablé con la nieta de un respetado pero humilde *santero* (un sacerdote de la religión de santería cubana). Ella rompió a llorar cuando me dijo que todas las mujeres de su oficina estaban haciendo “horas extras” después del trabajo. “¿Ves a mi hija y mis abuelos qué flacos están, Coco?”, gritó, “pero simplemente no puedo hacerlo. Pienso en ello pero no puedo”.

Las dificultades que conducen a muchas mujeres al trabajo sexual son reales, pero la imagen de la *jinetera* vendiéndose a sí misma por una libra de carne no explica toda la gama de motivaciones de las mujeres involucradas en el negocio. El deseo de disfrutar de alguna diversión improductiva y de cierto consumismo es también un factor importante y explosivo. Cuando el gobierno comenzó a introducir el turismo en los ochenta, creó un mundo de placer que estaba más allá del alcance de la mayoría de los ciudadanos. El *área dólar*, como se empezó a llamar, les recordaba a muchos cubanos la segregación racial y de clase que les mantenía fuera de los clubes y playas antes de 1959. El turismo actual ha generado un enorme resentimiento entre la gente trabajadora que ve al gobierno, que les sermonea acerca de la ética de trabajo socialista, ofrecer placer, ocio, diversión y los mejores recursos del país a la élite del partido y a los capitalistas de visita.

La Unión de Jóvenes Comunistas trató de mitigar la creciente ola de desencanto entre la mayoría de cubanos de menos de 25 años a principios de los noventa con fiestas y conciertos callejeros. Pero tales actividades son incompatibles con el estilo de vida que los dólares pueden comprar.

La ley de 1994, que legalizó la posesión de dólares facilitó el acceso a la “hi-life”, ofreciendo un respiro a los cortes de electricidad, alojamientos repletos, colas interminables y terribles precios de los televisores. “¿Qué haría con un novio cubano en un sábado por la noche?”, me preguntó una *jinetera*. “¿Esperar dos horas un autobús y después irme a casa a un apartamento sin privacidad? Estos tipos podrán ser viejos y vulgares, pero por lo menos cuando estoy con ellos me siento en un lugar agradable con aire acondicionado, escucho buena música y me tomo un trago de verdad. Eso me ayuda a olvidarme del mal aliento y de la enorme barriga que tienen”.

Todos los chulos y *jineteras* con los que hablé me señalaron el notable aumento en la demanda de adolescentes e incluso de niños. Cuando conocí a Paco me habló acerca de un cliente de la República Dominicana que le ofreció 2.000 dólares por una niña que tuviera menos de 14 años “sin mácula”, para que trabajara allí en un burdel.

En un ventoso domingo por la noche salgo a buscar *jineteras* adolescentes en el nuevo y carísimo Hotel Meliá Cohiba. Se trata de un hotel de tamaño excesivo, lleno de mármoles y cristal, demasiadas fuentes interiores y habitaciones de 400 dólares por noche. En la puerta un guardia hace un gesto para que me detenga. Le digo en mi mejor imitación de “Spanglish” gringo que soy una visitante de los EEUU y musitando una excusa me deja pasar. En el bar del vestíbulo

doy con un graduado o doctor chicano que conocí en el avión la semana anterior. “Ves a esos tipos” me dice señalando a dos hombres maduritos; “son del Canadá. Les pregunté qué clase de trabajo habían venido a hacer aquí. Se rieron”. “¿Trabajo?” dijeron, “estamos aquí por las mujeres. La única cosa que nos molesta es que tienen que ir a la escuela por la mañana”. Visiblemente molesto, el académico chicano agrega: “Sigo pensando en mi propia hija”.

Cuando atravesamos el parqueo, un hombre de ojos enloquecidos vestido con una camisa hawaiana y vaqueros, salta de un coche alquilado. La rubia artificial que lo acompaña, hace planes de volver a verse en un impecable italiano. Le pregunto cómo aprendió italiano. “Hablo italiano, francés, alemán e incluso algún inglés”, exclama con orgullo. Kathy y Susy me dicen que tienen 18 años, pero parecen tener 15. Me dicen que han estado en el negocio desde hace cuatro años y afirman que la represión actual es tan fuerte que la mayoría de los guardias de hotel no aceptan el soborno habitual de 25 dólares para que permitan que una chica suba a las habitaciones ahora que la sentencia por aceptarlo es de dos años de prisión. Han resucitado una vieja ley contra la vagancia y la están empleando contra las *jinetas*, quienes reciben tres advertencias antes de hacer frente a una condena de ocho años de prisión. Obviamente, hay algo fundamentalmente erróneo en una sociedad en la que el trabajo sexual es el mejor pagado para las mujeres. Pero al mismo tiempo acusar a las *jinetas* es simplemente hipócrita.

Katy, la mulata rubia teñida lleva la voz cantante. Le pregunto si mantiene a alguien y me dice: “¡Estamos ayudando al país!”, reiterando la línea común de aquéllos que defienden el derecho de las *jinetas* a realizar trabajo sexual. Y añade: “Estoy demasiado acostumbrada a esta vida para dejarla, estoy acostumbrada a tener dinero y me encanta ir a los clubes”. ¿Cuánto cobra? Me responde: “No trabajaría por menos de 50 dólares pero algunas chicas están arruinando el negocio al aceptar 20 ó 30”. Katy dice que ha atendido hasta a tres clientes al día. Y ambas chicas insisten en que van a la escuela aunque no le ven utilidad alguna. Le pregunto a Katy si a ella le gustaría irse del país y me explica que las normas no permiten que alguien de su edad se case y se marche (la edad legal es de 21 años). Ella visitó Italia donde vive su hermana mayor casada con un italiano y le gustó, pero decidió no pasarse del tiempo a que le autorizaba su visado: tres meses. Su hermana fue la que hizo que ella comenzara a trabajar como *jinetas*. “Me dijo que no quería que me ‘hiciera una mujer’ con un marido cubano que me maltratara. Para ello me encontró un buen italiano. Pasó un mes aquí (en Cuba) conmigo y luego me dejó 500 dólares. Está esperando que sea lo suficientemente mayor para que nos casemos”.

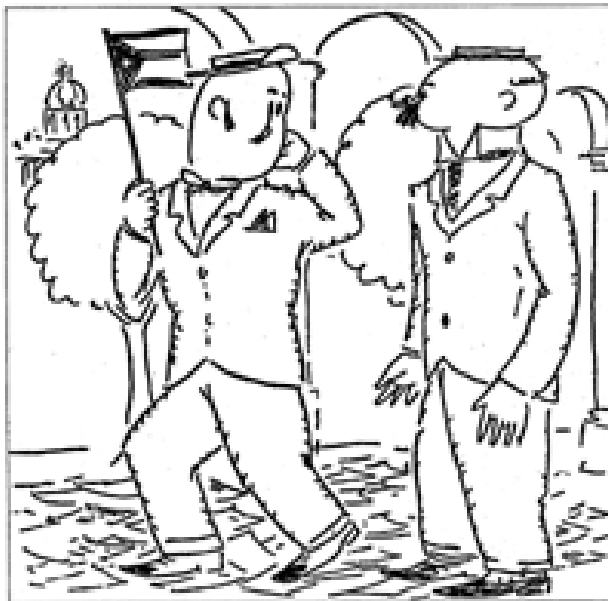
Entre líneas observo converger la vieja y la nueva moralidad cubana. Existe un pragmatismo posrevolucionario para planificar cómo perder la virginidad antes del matrimonio, cómo sortear las restricciones de inmigración, y está además la vieja creencia de que los extranjeros blancos protegen a las mujeres de color del arquetípico macho caribeño controlador e incluso abusivo. En realidad no hay nadie que proteja a Katy o a Susy.

Le pregunto a las chicas lo que piensan acerca de hacer el amor con hombres

mayores. Susy me responde rápido: “Sólo tenemos que chupársela largo tiempo”, y después continúa comiendo las papas fritas. Me percaté de que estoy siendo testigo de la parte más triste del último capítulo del socialismo cubano: la versión propia de la isla de una Generación X: chicos sin ningún sueño de futuro más allá de la siguiente compra. A pesar de las esperanzas de muchos cubanos de que los ideales de igualdad entre los sexos y razas, y también de liberarse del hambre y de las escaseces pudieran hacerse realidad bajo un gobierno revolucionario, Cuba está retrocediendo en el tiempo. Las mulatas son una vez más el centro de la explotación y de la mitología sexuales. Pero la *jinetera* no se puede reducir a ser meramente un relato de victimización: ella es también un símbolo de la frustración del pueblo cubano frente a la intervención del estado, a las crueles realidades del embargo y a las presiones para que entren en la economía global. Lo que es descorazonador es que, como es tan frecuente, sean las mujeres quienes están soportando lo peor del malestar de la sociedad.

Traducción de Leopoldo Fornés.

PASADO PRESENTE



TODOS

— ¡¿Es decir, que ya todo el mundo está en la oposición...?!

— ¡Hombre, todos no! Falta uno...

Abela. *Diario de la Marina*, 11 de diciembre de 1930